

LA ARROLLADA

Edgar Gómez charlaba afablemente con sus compañeros de trabajo mientras se ajustaba el chaleco naranja. Llevaba ya diez años trabajando en las cuadrillas de mantenimiento del Metro de Caracas y los últimos seis acompañado por Félix, Andrés, Ricardo, Jorge y José.

- No nos vayas a atropellar con el unimog – acotó Félix con una sonrisa.
- Haré el intento, pero ya sabes que en los túneles no se ve nada –

Félix era de todos los miembros de la cuadrilla el más cercano a Edgar, compartía con los demás la misma afición por la cerveza, pero sólo hacia Félix sentía una verdadera confianza. Sabía bien que todos sentían hacia él algo de lástima por lo ocurrido hace ya doce años, pero Félix o bien era quien mejor lo disimulaba, o simplemente existía una mejor química entre ellos. De igual manera ellos eran los dos únicos miembros de la cuadrilla con cierto nivel de estudio, lo que les daba cierto liderazgo sobre el resto. Félix había completado la primaria, mientras Edgar se graduó de bachiller, además de haber aprobado los cursos de instrucción para operar los trenes del Metro.

Finalmente Jorge se acercó con orejeras para todos y la cuadrilla emprendió su recorrido nocturno a pie, Edgar hacia el unimog, el único tren que trabajaba cuando el servicio estaba cerrado al público, y los demás hacia la oscuridad del túnel, como vampiros avanzando hacia su morada.

El calor en los túneles era sofocante, los miembros de la cuadrilla sentían cómo la ropa se ajustaba a sus cuerpos como si alguien los hubiese rociado con una manguera apenas entraron al túnel. El olor a cemento húmedo envolvía la estructura arqueada sobre sus cabezas, de tal manera que después de horas de trabajo ni siquiera sentían el

hedor de su propio sudor. Dicen que los pilotos de carrera pierden más de dos kilogramos de peso durante una carrera, pero pueden estar seguros que estos hombres no quisieran pasar cinco horas en la madrugada trabajando en los túneles de cualquier sistema subterráneo del mundo.

El ruido ensordecedor de los ventiladores en el túnel, además de la pobre iluminación en los pocos lugares en los que de hecho había alguna, hacían que la cuadrilla caminara desorientada sobre la pequeña pasarela de concreto que los llevaba de una estación a otra. Parecían estar todos hipnotizados por la acción de algún estupefaciente colectivo, tambaleándose y siguiendo con las manos el camino, tocando las paredes sudadas de lo que no podría ser otra cosa que aguas negras.

José se detuvo en seco.

- ¿Escucharon algo? -
- ¿Estás loco? ¿Qué diablos debimos escuchar? Entre los ventiladores y las orejeras apenas te escucho a ti – opinó Andrés.
- ¿Pasa algo? – preguntó Félix, que ante la ausencia de Edgar, era el jefe tácito de la cuadrilla.
- José dice que escuchó algo – contestó Andrés.
- ¿Qué coño pudo escuchar con todo este ruido? -
- Escuché una voz, como de niña. No sé qué decía. Creo que lloraba –

Los demás intercambiaron miradas perplejas por un momento, hasta que Félix finalmente dijo.

- No me vengas con esas vainas José. Este lugar ya es bastante malo así como está, no necesitamos que le metas fantasmas.
- Sé lo que escuché –

- No, no lo sabes. Aquí yo he escuchado y visto de todo José. No vemos nada, estamos aturdidos con todo este ruido, lo más fácil es creer que escuchamos o vemos cosas.
- Si tú lo dices Félix, lo dejo así. Pero sé lo que escuché –
- Lo digo José, no te preocupes por eso –

Avanzaron así en su recorrido sin volver a tocar el tema. Si alguno hubiese estado en el unimog con Edgar no le hubiese dado la razón a Félix tan fácilmente.

Doce años atrás Edgar Gómez estaba en su segundo mes como operador de trenes en el Metro de Caracas, era joven y delgado, muy distinto al hombre robusto y desgastado por la vida y el alcohol que encendía el unimog.

“¿Por qué me debió pasar a mí?” se preguntaba cada vez que se sentaba en los controles. “¿Cómo es que nadie la detuvo?” “¿No escucharon llorar a la niña?”.

Ese fatídico día del pasado Edgar se había reportado temprano como ya era costumbre, cambió de turno con el operario anterior una hora antes de su turno, como favor personal. (“Vaya favor que te hice, arruiné mi vida por la tuya”).

En la estación de Chacaíto una señora pasaba el torniquete con su hija mientras el tren que operaba Edgar hacía parada en la estación de Sabana Grande. La niña, como mostraban los videos de seguridad que Edgar viera obsesivamente durante años, lloró todo el camino mientras su madre bajaba las escaleras y se detenía en la raya amarilla. La niña lloraba mientras trataba de hacer que su madre se alejara de los rieles del tren. La madre con el rostro duro e inexpresivo de un ídolo de piedra miraba fijamente el túnel. (“Alguien tenía que haber visto que pasaba algo raro”).

Finalmente, cuando el tren operado por Edgar llegó a la estación, el rostro de la madre cambió. Aún en el video de seguridad se podía ver la expresión triste,

determinada y demente en su rostro (“¿Cómo no la detuvieron?”), y entonces cuando el tren se encontraba a unos dos o tres metros de ella, se lanzó a los rieles llevándose a su hija con ella.

Edgar recuerda el sonido de los huesos quebrándose, el grito colectivo de los usuarios en el andén, el ruido pastoso de la sangre al rebotar contra el vidrio de la cabina del conductor. Sabe que no debería haber escuchado nada, que dentro de la cabina no pudo haber escuchado nada, pero los sonidos están tan vívidos en su mente como la imagen de la pierna aterrizando en el andén contrario, como una película en cámara lenta.

La niña murió al instante, completamente destrozada bajo el tren, mientras que la madre sufrió serios golpes, pero sobrevivió.

- ¿Cómo es que nadie la detuvo? – dijo en voz alta y encendió el unimog.

Apenas avanzados unos metros Edgar escuchó lo que parecía el llanto de una niña. Desde que la cerveza y el ron se convirtieron en sus acompañantes escuchaba voces y veía imágenes que no eran, que no podrían ser, veía niñas muertas, arrolladas, en su casa, en la calle y principalmente, en el túnel.

Allí en el túnel era peor, veía hombres y niños, mujeres y niñas, muertos, amputados, destrozados, el túnel era el lugar de los fantasmas, tantos los reales, como los internos, hasta que dos años atrás se prometió abandonar la bebida, su única compañera en estos años, lo que había logrado si obviaba las dos cervezas que se tomaba con la cuadrilla, pero después de cinco horas de trabajo en un túnel del que salías empapado en sudor y cubierto de hollín, unas cervezas eran más que merecidas.

“No estoy borracho” pensó torpemente mientras seguía escuchando el llanto de la niña, un llanto que parecía esconder unas palabras balbuceadas.

Edgar detuvo el unimog con la intención de disminuir el ruido y se quitó las orejeras, con la esperanza de poder escuchar de dónde provenía el llanto.

“Malditos ventiladores. No hacen nada por el calor y lo marean a uno con su escándalo”, pensó cuando no logró ubicar la voz y la frustración se apoderaba de él.

Súbitamente el llanto se escuchó claro y fuerte (cercano), al igual que las palabras escondidas entre los sollozos: “Por favor, ayúdenme”.

Edgar se estremeció y la palidez en su rostro era tal que lo hacía visible en la oscuridad del túnel. El llanto, las palabras, habían venido de atrás de él. Lentamente se dio la vuelta, deseando estar ebrio como había ocurrido tantas veces, deseando que su imaginación, la oscuridad fantasmagórica del túnel y sus sentidos alcoholizados estuvieran jugando un juego macabro con su mente y fueran la causa de aquel llanto, aquella voz, aquella súplica.

Pero como hicieron antes miles de deseos en la oscuridad, éste tampoco se cumplió. Efectivamente había una niña sentada en la parte posterior del unimog, apenas iluminada por la tenue luz de la maquinaria.

Edgar la reconoció inmediatamente, era la niña que hacía doce años había arrollado, cuando vivía sus primeros (y únicos) días como operario de trenes, cuando su vida aún podría haber sido rescatada. “Nos morimos los dos aquella tarde, sólo que tú tuviste mejor suerte”, se dijo Edgar.

La niña lo vio con los ojos grandes y llorosos, pero había algo más que tristeza en su mirada, había reconocimiento. Si Edgar sabía quién era la niña, la niña de igual manera sabía quién era él.

- Hola – dijo la niña con dulzura infantil.
- Hola. ¿Cómo has estado? – contestó mecánicamente.

La niña ignoró su pregunta y continuó.

- Necesito su ayuda señor. ¿Cree que pueda ayudarme? –
- S..., sí. Te ayudaré – contestó con lágrimas. El recuerdo de todo lo ocurrido se apoderó de él sin dejarlo respirar, como la neblina a la ciudad.
- ¿Ve mi muñeca señor? – preguntó mostrándole una muñeca de trapo que hacía ya muchísimos años había vivido sus mejores días. Una muñeca que en el mundo actual estaría tan sola como el fantasma de la niña que la llevaba.
- La veo –
- Era de mi madre, me la regaló cuando cumplí cinco años – y abrió su mano derecha estirando los dedos, demostrando que sabía contar su eterna edad. –
Es mi juguete favorito –
- Es una muñeca muy linda –
- ¿Verdad? Se llama Sofía, como yo –
- Es muy linda, igual que tú –

La niña se rió complacida y continuó.

- Quiero que mi mamá la tenga otra vez. Quiero que alguien la acompañe, sé que está sola. Pero no sé dónde está, y no puedo dársela –
- ¿Quieres que busque a tu madre y le entregue la muñeca? –
- Sí. Por favor señor. Mamá entenderá si tiene la muñeca –
- ¿Entender qué? –
- Que la perdono y que la quiero – dijo mientras se desvanecía y dejaba la muñeca junto a Edgar.

- ¿Qué paso pana? Estás pálido – preguntó Ricardo entre preocupado y divertido.

- Nada, es que vi un fantasma – contestó Edgar intentando hacer una broma mientras escondía la muñeca de Sofía.

Todos rieron y continuaron trabajando.

La madre de Sofía, Marta, se encontraba internada en un manicomio ubicado en los alrededores de Los Chorros. No sabían si se había lanzado con su hija al Metro porque estaba loca, o si estaba loca a causa de haberse lanzado con su hija al Metro.

Edgar dio con el paradero de Marta Colmenares después de dos meses de averiguaciones que le ganaron la suspicacia de varios empleados del Metro. Desde hacía un poco más de once años se encontraba en el manicomio de Los Chorros. Fue internada apenas le dieron de alta en el hospital.

Luego de varios intentos finalmente Edgar logró encontrarse con Marta Colmenares, pero tuvo que hacer una pequeña colaboración a una de las enfermeras para lograrlo.

La madre de Sofía era una mujer que aún poseída por la demencia conservaba un aire de belleza rígida y seria, la misma que debieron portar con orgullo reinas y princesas en la antigüedad.

- No se preocupe, es inofensiva. Está catatónica – le indicó la enfermera.

De todas formas Edgar se acercó con recelo, sujetando una muñeca de trapo vieja y polvorienta entre las manos, como esperando que de alguna manera le sirviera de escudo ante cualquier posible ataque.

- Marta – la llamó. – Soy el conductor del tren al que te lanzaste con tu hija – (“No es el momento de reclamos. ¿De qué te sirve?”)

Marta lo observaba con mirada bovina.

- Hablé con tu hija, Sofía. La niña que me obligaste a arrollar – (“¡Basta! No es el momento”) – Me pidió que te diera esto.

Mientras Edgar le mostraba la muñeca la expresión de Marta Colmenares cambió totalmente, primero salió de su estado catatónico, pasando a un estado de alerta sobrenatural, luego a un reconocimiento inteligente de su entorno, tanto físico como emocional, y finalmente, a la tristeza más profunda que el ser humano pudiera reflejar en su rostro, seguida por un llanto trágico e incesante, durante el cual Edgar abandonó el manicomio.